

que Dios alabó y recompensó en ella, y no la calidad de Madre del Verbo encarnado. Así pues, si María, que juzgaba de todo como su Hijo, se glorificó de alguna cosa en el Señor, no fué de haber sido elegida para ser la Madre del Mesías, sino de haber, con el socorro de la gracia, hecho siempre la voluntad de Dios.

Podemos pues, nosotros tener parte como María al título de Madre de Dios en el sentido mas elevado, y debemos aspirar á él. María lo desea, y lejos de envidiárnoslo, nos ayudará por su intercesion á pedir este título con ella; quiere que seamos grandes delante de Dios, en lo que hizo su verdadera grandeza; que seamos unidos á su Hijo con la misma union que á ella la ha hecho tan querida. Mas acordémonos siempre, que cuanto mas Jesus amó á María, mas se complació en ejercitarla, en probarla, en desasirla de sí misma para tenérsela mas unida; y que nunca fué con mas perfeccion su Madre, que cuando ella, conformándose con la voluntad de Dios, aceptó las pruebas incomparablemente dolorosas á que la sometió su ternura única para con su Hijo. Sí; es preciso pertenecer mas de cerca á Jesus, renunciando al mismo Jesus; preciso es consentir en perder su presencia sensible, en vernos privados de la dulzura de su conversacion y de sus inefables consuelos. Entonces es cuando se llega á ser, como María, Madre suya en el sentido espiritual.

CAPITULO XXXII.

EN QUÉ HIZO CONSISTIR JESUCRISTO LA FELICIDAD DE MARÍA.

ESTE capítulo volverá á entrar un poco en la materia del precedente; mas no hallo reparo alguno en exponer aparte é inculcar en diferentes términos una materia de tal importancia. Una mujer, trasportada por los discursos de Jesucristo, levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: ¡Bienaventurado el vientre

que te llevó, y los pechos que te alimentaron! Mas Jesus respondió: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.

Ved con qué cuidado aparta Jesus las ideas materiales de la carne y de la sangre, y lo reduce todo á los pensamientos espirituales. Esta mujer felicitaba á María por haber llevado á Jesus en su seno, y haberle dado su leche. ¿No tenia razon? ¿Quién lo duda? La Iglesia la felicita tambien por lo mismo, sirviéndose de las mismas palabras. Mas ella paró aquí su discurso, y no ensalzó en María lo que era de muy otra manera digno de elogio y de felicitacion. María habia estado atenta toda su vida en escuchar la palabra de Dios, y en guardarla. Esto es lo que, á juicio de Jesus, constituia su verdadera felicidad, sin excluir no obstante la que le venia de la maternidad divina. Grande dicha es sin duda para ella el haber llevado á Jesus en su seno, y haberlo alimentado con su leche. Pero mayor dicha es todavía el haber tenido el oído del corazon siempre abierto á la palabra de Dios, y haberla cumplido fielmente. La primera dicha es un favor puramente gratuito, que no fué concedido á María para ella sola, sino para todo el género humano; una gracia que aislada y por sí misma no la hacia mas santa, porque dependia mas bien de la eleccion de Dios que de su voluntad, aunque para ello hubiese dado su consentimiento. Mas la segunda dicha es efecto de la libre correspondencia de María á las inspiraciones del Espíritu Santo; es el fruto de su fidelidad, que ella se procuró, haciendo un santo uso de su libertad, y esta dicha es la que mas aprecia Dios en ella, la que la hace mas agradable á sus ojos; es la felicidad á la cual debe en el cielo su corona.

Enmendando las ideas de aquella mujer, Jesus nos enseña á enmendar las nuestras. ¡Cuántos cristianos se engañan en el concepto que forman de la felicidad de María! Admiramos y celebramos con mucho placer en ella lo que nos consta estamos dispensados de imitar; sus privilegios, su dignidad de Madre de Dios, hé aquí lo que nos mueve mas á llamarla bienaventurada.

El Interior.

Mas no admiramos ni alabamos tanto lo que lo merece mucho mas, y se nos propone para nuestra imitacion: su atencion y su fidelidad á la palabra de Dios, ya interior, ya exterior. La razon de esto es porque las primeras alabanzas no encierran deber alguno para nosotros, y nada nos cuesta encomiar en María lo que está fuera de nuestro alcance, y que Dios no exige de nosotros; en vez de que las otras alabanzas que diéramos á María nos impusieran el deber de parecernos á ella, y nos obligarian á pronunciar nuestra condenacion por el poco cuidado que nos tomamos en imitarla.

Y sin embargo, la felicidad por excelencia de María, aquella por la cual Jesus la felicita sobre todo, puede y debe ser tambien la nuestra. Nos está mandado aspirar á ella, y ¡ay de nosotros si no nos tomamos este trabajo! No envidiamos á María sus privilegios, porque sabemos que son únicos. Mas al leer la vida de los santos, tenemos cierta envidia de sus éxtasis, de sus revelaciones y de los demas dones que del cielo recibieron. Los tenemos por felices á causa de estos dones, y deseamos tener parte en esta felicidad. Mas ¿envidiamos asimismo sus virtudes, su desprendimiento de las cosas terrenas, su humildad, su obediencia, su abnegacion interior, su amor á las cruces, en fin, todo lo que va comprendido en la atencion á la palabra de Dios y fidelidad en observarla? Tal es sin embargo la única fuente de verdadera felicidad para la vida presente y para la venidera. Dignos de compasion seremos, tomaremos siempre la santidad al reves, y haremos consistir la dicha de María y de los santos en lo que no lo es, mientras no nos persuadamos de esta importante verdad, ú olvidemos seguirla en la práctica.

CAPITULO XXXIII.

MARÍA ESCOGIÓ EL MEJOR PARTIDO.

LA Iglesia en la fiesta de la Asuncion aplica á María el evangelio de S. Lucas, donde habla de Marta y de María su hermana, que recibieron á Jesus en su casa. Así pues, nos conformaremos con la intencion de la Iglesia, aplicando á la santa Virgen las palabras del Salvador hablando de la hermana de María. *María ha escogido la mejor suerte.* (Luc., X, 42.) Marta andaba muy apresurada en disponer lo necesario para Jesucristo, y se quejaba con él de que su hermana no la ayudase. María, sentada á los piés de Jesus, escuchaba su palabra. Jesus, pronunciando su juicio entre ambas hermanas, increpa á Marta su afan que llegaba hasta la turbacion, y todo esto para prepararle una comida para la cual no eran necesarios tantos aparejos; y alaba á María por haber preferido quedarse á sus piés y alimentarse tranquilamente de su palabra. Añade que la parte de María no le será quitada, es decir, que no le mandará el que le deje para ir á ayudar á su hermana, porque esta suerte es la mejor; mientras la suerte de Marta, aunque buena en sí misma, se ha de recortar de ella la excesiva actividad y la inquieta turbacion.

Para aplicar esto mismo á la Madre de Dios de una manera que le sea propia, veamos cuál es la mejor suerte que escogió. Primeramente escogió no ser nada para ella, y serlo todo para Dios. En segundo lugar, escogió unir de tal modo la contemplacion á la accion, que el trabajo de esta no alteraba la paz de aquella. En tercer lugar, prefirió los mas dolorosos sacrificios á los goces mas íntimos, á imitacion de su Hijo. Desenvolvamos estos tres caracteres de la suerte de María; y puesto que ella es sin contradiccion la mejor, tomémosla tambien para nosotros.

María escogió no ser nada para sí. Nunca pensó en sí; nunca consideró en algo sus intereses, ni áun los espirituales; nunca

deseó que Dios la distinguiese en nada de las demas mujeres; y aunque en realidad hubiese sido altamente distinguida de todas ellas ya desde su concepcion, nunca se prevaleció de ello, ni le hizo concebir el mas mínimo sentimiento de vanidad. No siendo nada para sí, lo era todo para Dios; enteramente sujeta á su gracia, toda sometida á su voluntad, toda consagrada á su gloria. Su corazon no estuvo nunca dividido; sus intenciones fueron siempre las mas puras; todos sus pensamientos, todos sus afectos, todas sus acciones se refirieron únicamente á Dios. Por muchos que fuesen nuestros esfuerzos, nunca llegaríamos en estos dos puntos á la perfeccion de María; pero debemos aspirar á ella, y podemos á ella acercarnos siempre mas. Sea pues, nuestro grande objeto no ser nada para nosotros, y serlo todo para Dios. No nos contentemos con quererlo en general, llenándonos de buenos deseos, como hacen tantas almas que sin estar muertas á sí mismas no viven para Dios mas que especulativamente, sino vamos á la práctica, renunciémonos donde quiera que percibamos algun apego de nosotros mismos; dirijámoslo todo á Dios, hasta las cosas mas indiferentes. En este punto tendremos siempre algo que reformar, algun nuevo grado de perfeccion que adquirir. Morir así es vivir en Dios: este es el negocio de toda la vida y de cada instante de ella.

María escogió unir la contemplacion á la accion, de manera que la una no dañase á la otra. Nunca faltó á ninguno de sus deberes domésticos, ni á ningun deber de caridad ó de atencion hácia el prójimo. Pobre como era, sin tener nadie que la ayudase, puede pensarse que su trabajo seria continuo mientras vivió con san José. Lo mismo debió pasar, á corta diferencia, cuando estuvo con S. Juan, cuidando de lo temporal, mientras él se ocupaba en sus funciones apostólicas. Mas su trabajo no suspendia jamas su oracion y no turbó ni áun molestó en nada su paz interior. La contemplacion es naturalmente perezosa, y por poco que se descuide tiende á la ociosidad, y nos inspira disgusto á las ocupaciones exteriores, áun las mas indispensables. ¡Cuán-

tos devotos en el mundo, cuántas personas consagradas á Dios en la religion tienen acusaciones que hacerse en esta parte! El trabajo, por el contrario, alimenta la actividad, la precipitacion, la inquietud, disipa el espíritu, diseca el corazon, retira poco á poco de la contemplacion é introduce en ella todos sus embarazos y sus distracciones. No es cosa fácil preservarse de ambos extremos y saber conciliar el amor del trabajo con el gusto de la oracion. Y es no obstante una verdad que debemos orar y debemos trabajar; y siendo entrambas cosas mandadas por Dios es evidente que de suyo son conciliables.

María prefirió los sacrificios mas dolorosos á los mas íntimos goces. No nos figuremos que las oraciones de María fuesen siempre dulces y consoladoras. Dios la acostumbró muy de antemano á las privaciones mas desoladoras. Lo que tuvo que sufrir con motivo de su Hijo es inexplicable: el resto de su vida no fué sino un lánguido martirio de amor, estando su Hijo en el cielo y ella en la tierra. Mas ella aceptó aquel estado, y vivió en él contenta; y no hubiera querido cambiarlo por las delicias celestiales, á las que tenia derecho de aspirar. Ningun deseo superior á este consintió en su corazon, ni deseó ver abreviado su destierro para ir á gozar de la gloria y de la felicidad de su Hijo. ¿Amamos de este modo las cruces, y sobre todo las cruces interiores que mas abaten? ¿No nos impacientamos si duran por mucho tiempo? ¿No deseamos ver su fin? ¿No suspiramos por los consuelos? ¡Cuán pocas almas hay que se sacrifiquen generosamente, absolutamente, sin reserva! Darse del todo sin volverse á apropiarse nada es la cosa mas rara en la vida espiritual. Se consiente en que la víctima sufra hasta cierto punto, pero no se quiere que muera, y que quede enteramente consumida en la llama del sacrificio. Se quiere arder en el fuego del amor divino, pero con un fuego dulce, que mantenga la vida del amor propio, y no con un fuego que divida, que devore y que destruya. ¿Qué seremos, sin embargo, en punto á santidad si la suerte de María no es la nuestra?

CAPITULO XXIV.

MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ.

MARIA fué preparada de lejos á la pasion tan cruel como ignominiosa de su Hijo. Este, que tantas veces la habia predicho á sus discípulos, no la dejó sin duda ignorar á su Madre. Además, el destino de María estaba demasiado é íntimamente ligado con el de Jesucristo, para que no tuviese conocimientos mas extensos de lo que debia sucederle, y luces mas distintas y mas profundas en lo relativo al grande designio de la redencion del género humano, la cual debia ser el fruto de su muerte violenta.

Desde el principio de sus predicaciones no dejó ella de observar la mala disposicion que con respeto á él tenian los principales del pueblo. Ella estuvo informada de su envidia, de su odio, de sus calumnias, de sus maquinaciones para perderle. Vió de dia en dia acercarse el momento fatal, y ya se deja presumir que impresion haria en su corazon maternal aquella horrorosa perspectiva que tenia siempre ante los ojos. El temor cierto y la prevision de un mal inevitable es una cruz por lo regular mas insuperable que el mal mismo: y puede asegurarse que desde que estuvo resuelta la muerte de Jesus, y que María lo supo, sufrió con anticipacion todos los tormentos que sintió al pié de la cruz.

Dios, que no queria perdonar mas á la Madre que al Hijo, no permitió que ignorase ninguna de las circunstancias principales de su pasion; estas eran otros tantos golpes que habia decretado descargar sobre ella y de los cuales no podia escapar. De otra parte, en calidad de Madre ¿podia dejar de darse prisa para saber todo el pormenor de los malos tratamientos hechos á su Hijo? Añadid á esto la manera sobrenatural con que miraba su pasion, como el efecto de su amor para con su Padre y para con

los hombres, lo cual debia aumentar todavía su santa curiosidad.

Estuvo pues, instruida de la traicion de Júdas y de la captura violenta de Jesus, por sus mismos apóstoles que estaban presentes, y que le abandonaron. Supo por Juan, que lo presencié, lo que pasó durante la noche en la casa de Anás y en la de Caifás, y la sentencia de muerte pronunciada contra él como blasfemo, por haberse llamado Hijo de Dios. Vióle con sus propios ojos conducirle el dia siguiente al pretorio de Pilátos, de allí al palacio de Heródes, y despues otra vez á la casa de Pilátos; supo por sí misma, ó por la multitud que concurría, la manera como habia sido tratado. Estuvo presente cuando Pilátos subió públicamente á sentarse en su tribunal; oyó las acusaciones que se hacían á su Hijo, y ya por el furor de sus enemigos, ya por la debilidad y la tímida política del magistrado romano, conoció que iba á ser condenado á muerte. Estuvo presente cuando el pueblo le prefirió Barrabás, cuando fué presentado, magullado su cuerpo y desgarrado por los azotes, la frente ceñida de una corona de espinas, las espaldas cubiertas de un viejo manto de escarlata, y una caña por cetro en la mano; cuando el pueblo pidió su muerte con gritos furiosos, diciendo: *Quita, quitale de en medio, crucificalo*, que era el mas infame de los suplicios. Ella le siguió con las demas mujeres cuando llevaba su cruz hasta el Calvario, y sucumbiendo bajo su peso débil y desfallecido casi á cada paso. Ella estaba presente cuando al desnudarle de su túnica se renovaron sus heridas, cuando le extendieron sobre la cruz, cuando le atravesaron con clavos, cuando le levantaron en alto con horribles sacudidas, cuando los principales del pueblo y la multitud le insultaban y le ultrajaban con las mas sangrientas irrisiones. ¡Qué espectáculo para una Madre tal como ella, y para la Madre de un tal Hijo! ¡Cuál debió ser el exceso de su dolor! ¡Cuán profundo! Pero al mismo tiempo ¡cuán sumisa! ¡Cuán firme! ¡Cuán tranquila! Su gran corazon no sucumbió á su peso: una gracia extraordinaria la sostuvo para que pudiese sufrir mas.

En fin, luego que pudo se acercó á la cruz con Juan y Magdalena; se mantuvo en pié, circunstancia que manifiesta su valor y su fortaleza del todo divina; y en este estado, fijos los ojos sobre su Hijo, sin derramar una lágrima, aguardaba que exhálase el último suspiro. ¡Qué sentimientos ocupaban entonces su corazón? No tuvo uno solo que no fuese altamente heróico y sobrenatural. Mas fuerte y mas generosa que la madre de los Macabeos, hacia á Dios el pleno y entero sacrificio de su Hijo, uniéndose á la justicia del Padre celestial, que inmolaba esta grande víctima á su gloria; inmolaba con él este nuevo Isaac convertido en rescate para los pecados del género humano; ofrecia con toda la grande fortaleza de su corazón su muerte por la salud de cada uno de nosotros, y á esta ofrenda juntaba la de su inmenso dolor. El sacrificio de la Madre no se separó del sacrificio del Hijo: menos le hubiera costado el dar su propia vida, y por esto es justamente aclamada la Reina de los mártires.

¡Qué sublimes lecciones nos da aquí María! Y ¡cuán especialmente es en esta ocasion el perfecto modelo de las almas interiores, á quienes Dios hace pasar por las últimas pruebas! Las penas de estas almas son á veces extremas; mas ¿son acaso comparables con las de María? No se lamenten pues, antes bien, para sostenerse, fijen los ojos sobre esta Madre de dolor, é invóquenla para obtener por medio de su intercesion el imitar su firmeza, su constancia y su generosidad. Despues de Jesus crucificado el mejor libro para ellas es María al pié de la cruz.

CAPITULO XXXV.

JUAN DADO POR HIJO Á MARÍA.

ESTANDO María junto á la cruz, y habiendo mirado Jesus á su Madre y al discípulo que él amaba, dijo á su Madre: *Mujer, ahí*

tienes á tu hijo. Despues dijo al discípulo: Ahí tienes á tu madre. Y desde aquel momento la recibió el discípulo por suya. (Joan., XIX, 25.)

La última prueba de María debía ser verse renunciada en alguna manera por su Hijo. En el tiempo mismo en que le da la mas grande muestra de su amor, haciéndose superior á todos sus temores, para no abandonarlo hasta el último suspiro; en el momento en que el mismo Jesus, compadeciendo la afliccion de su Madre, le debía las mas vivas demostraciones de filial ternura, no le da siquiera el dulce nombre de Madre; llámala simplemente *Mujer*, como si no le fuese nada; le declara en cierto modo que ya no es su Hijo, dándole otro que le es tan inferior, como puede serlo un puro hombre con respecto á un Hombre Dios. ¡Y es Jesus, á punto de espirar, quien así trata á su Madre! Blasfemia seria sospechar en él dureza ni áun iniferencia. Aquí hay pues un misterio, y un misterio muy grande.

Así como el sacrificio de Jesus no hubiera sido perfecto si abandonándose á su Padre no hubiese sido en apariencia abandonado de él; así mismo algo hubiera faltado al sacrificio de María si consintiendo en perder su Hijo, no hubiese sido, por decirlo así, renunciada por él en la cruz. Menester era de una y otra parte que todo llegase al último extremo, y que el abandono de la Madre fuese correspondiente al desamparo del Hijo. La mayor pena de Jesus, sin comparacion, fué este abandono por parte de su Padre. Del mismo modo la mayor pena de María fué este abandono por parte de su Hijo. Y ¿por qué lo expresa así? Para poner el colmo á la virtud de su Madre.

Almas en prueba, á las que Dios, amándoos tiernamente como Jesus amaba á María, reduce á hacerle el sacrificio de vuestros mas caros intereses, faltaria alguna cosa á vuestro holocausto si Dios no pareciese que os rechaza de su lado. Por la misma razon de que nada os es mas sensible, habeis de pasar por esta prueba, sin la cual no seria completa vuestra muerte espiritual.

El Interior.

Sin embargo, considerando la cosa bajo otro aspecto, Jesús cumplía con el deber de un Hijo reconocido, proveyendo á los intereses temporales de su Madre. Ella iba á quedar sola, sin subsistencia, sin socorro. El le da un recurso en la persona de su discípulo querido, al cual deja á María como por testamento, encargándole que cuide de ella como de su propia Madre. Recurso pobre á la verdad, pero cual convenia á una mujer que habia siempre vivido en la pobreza, y que despues de la pérdida de su Hijo hubiera mirado como un suplicio disfrutar de las menores comodidades de la vida. Así que desde aquel entonces Juan la admitió en su casa, la amó, la respetó, la alimentó y la cuidó como á su Madre, sin separarse de ella. Cuando él marchó de Jerusalem ella le siguió á Efeso, y en cuanto se lo permitian sus trabajos apostólicos le hizo compañía hasta que ella murió.

Los santos padres, y en particular san Agustin, hacen tambien aquí otra observacion, y es, que todos los hijos de la Iglesia estaban aquí figurados por S. Juan, y que en la persona de este apóstol María fué constituida por Jesus Madre de todos los fieles. Así que, ella fué nombrada Madre nuestra en el momento mas doloroso de su vida; ella nos ha dado á luz espiritualmente al pié de la cruz; y si segun las leyes de la naturaleza las madres ordinarias aman tanto mas á sus hijos cuanto mas penosos han sido su preñez y su parto, de ahí podemos inferir hasta qué punto nos ama María en el órden y segun las leyes de la gracia. Ella ha recobrado á Jesucristo, mas no por esto ha retirado de nosotros su afecto; no ha olvidado que él nos sustituyó en su lugar, y que quiso que nos amase como otros tantos hijos suyos. Mostrándole en espíritu á cada uno de nosotros, Jesus le ha dicho: *Ahi tienes á tu Hijo*. Yo soy quien te los entrego, ellos son el precio de mi sangre, que es la tuya. No dudemos pues, del amor de María para con nosotros, así como no dudamos del amor, del respeto y de la obediencia de María para con su Hijo.

Mas tomemos tambien para nosotros las palabras de Jesucristo á S. Juan: *Ahi tienes á tu Madre*. Amemos á María, honrémosla, como la amó y honró S. Juan. Pongamos en ella toda nuestra confianza, como en la mejor y la mas tierna de las madres, y halle ella en nosotros hijos dignos de toda su ternura por su afecto y por su obediencia. Porque Jesucristo amaba especialmente á S. Juan entre todos sus discípulos, le dió á María por Madre. Merezcamos por nuestra fidelidad á la gracia que Jesus nos ame, y nos dará una parte muy especial en la ternura maternal de María. Las vírgenes tienen aquí un derecho particular. Jesus, dice S. Jerónimo, escogió á S. Juan, que era vírgen, para recomendarle á su Madre vírgen. Gran título es la virginidad para aspirar al afecto de María. Felicitemonos, si hemos abrazado este estado, y reflexionemos que nos impone el deber de imitar á María con mas perfeccion que los demas cristianos.

CAPITULO XXXVI.

MARÍA MUERTA Y SEPULTADA CON JESUCRISTO.

MARÍA tuvo el valor de permanecer junto á la cruz hasta que su Hijo hubo despedido el último aliento. Ella le oyó exclamar: *¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has desamparado?* (Mat., XXVII, 46.) Palabras que le dieron á conocer hasta qué extremo de rigor era tratado por su Padre, y que sus tormentos exteriores nada eran comparados con sus penas interiores. ¡Qué nuevo y violento golpe para el corazon de María! ¡Jesus aterrado bajo el peso de la divina Justicia, hasta el punto de verse obligado á quejarse de este abandono! ¡Qué nuevo motivo para ejercitar la fe de su Madre! ¡El Hombre Dios, el objeto único de las complacencias del eterno Padre, desamparado, y en alguna manera reprobado por él, porque para reparar su gloria, se ha hecho la víctima del pe-

cadol ¡Abandono de Jesus! misterio incomprensible á María misma, y cuya idea desoladora pudo apenas sufrir, por mas que se hallase fortificada de lo alto.

Ella le oyó pronunciar aquel grande acto de sumision y de confianza, en medio de su terrible desamparo. *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu.* (Luc., XXIII, 46.) Yo acepto el inexplicable rigor con que me tratais, yo me someto á él, no pierdo la confianza que os debo, y en vuestras manos, que tan fuertes dolores descargan sobre mí, encomiendo mi espíritu. En aquel momento María se unió por sí misma al acto de su Hijo, y entregó tambien á las manos de Dios su alma próxima tambien á espirar de dolor. Si Dios nos hiciese la gracia de probar un dia penas interiores de la misma especie que las de Jesus y de María, y de beber en el mismo cáliz, invoquemos al Hijo y á la Madre, para tener la fortaleza y el exceso de amor necesarios para producir semejante acto, aunque estuviésemos á punto de entregar el alma.

Ella le oyó decir, por fin, *todo está concluido.* (Juan, XIX, 30.) Acabado está mi sacrificio, cumplidas todas las profecías relativas á mí. Dios está aplacado; el género humano salvado. Vióle en seguida inclinar la cabeza; y arrojando un grande grito, dar voluntariamente su espíritu. ¿Quién podrá pintar aquí el estado interior de María? Preciso es guardar silencio: entonces recibió el golpe de una muerte espiritual mas terrible sin comparacion que la muerte natural. Abismada en su dolor, inmóvil, y habiendo como perdido el uso de sus sentidos no reparó ni en el sol eclipsado, ni en las tinieblas extraordinarias que cubrieron la tierra, ni en los peñascos que chocaron entre sí, ni en los sepulcros que se abrieron, ni en los muertos que resucitaron, ni en el luto y trastorno general de la naturaleza. Todos estos prodigios fueron para los asistentes. Dios los obró para moverlos y para convertirlos. María, espirante con Jesus, no tenia sensibilidad para todo lo demas.

La lanzada con que un soldado traspasó el corazon de Jesus

no fué dolorosa sino para su Madre, como observa san Bernardo. Su corazon fué el que quedó traspasado verdaderamente, y cumpliósse la profecía de Simeon.

Ella le vió en seguida desclavado de la cruz; vió arrancar los clavos de sus manos y de sus piés, y de su cabeza la corona de espinas que estaba hundida en ella: vió lavar y enjugar su cuerpo cubierto de llagas, y su rostro desfigurado por la sangre, por las heridas y por la palidez de la muerte. ¡Oh! ¡qué besos de amor y de dolor imprimió sobre aquella frente adorable, sobre aquel costado abierto, sobre aquellos piés y aquellas manos taladradas! Ella ayudó, segun parece, á embalsamarlo, á envolverlo en una sábana y en un sudario; ella le acompañó hasta el sepulcro en que fué depositado, ella se encerró allí con él en espíritu, y no se retiró sino á vivas instancias de Juan y de los demas que procuraron consolarla.

No perdamos ninguna de estas lúgubres circunstancias: detengamos en ellas nuestro pensamiento y nuestro corazon. Penetrémonos de una tierna amorosa compasion hácia la dolorida María; su vista ablandará nuestra dureza, pensando que sufre así para nosotros y de su pleno consentimiento. Digamos: *Ella me amó, y dió su Hijo para mí:* ella hizo mas que si á sí misma se hubiese dado. Despues de esto, ¿quién no amaré á María? ¿Quién no le quedará íntimamente reconocido? Mas pasemos adelante, y si tenemos cruces, unámoslas á las suyas; llevémoslas como las llevó ella; camine nos con ardor y con perseverancia en pos de las huellas del Hijo y de la Madre, y felicitémonos de tener parte en sus penas interiores.